

# **LA CHICA DE LA TORMENTA**

**Megan Miranda**

Traducción: Graciela Rapaport

MÓTUS

## PRÓLOGO

YO FUI LA CHICA QUE SOBREVIVIÓ.

La chica que resistió. La chica por la que rezasteis o, al menos, por la que fingisteis hacerlo la mayoría de vosotros, agradecidos de que no fueran vuestros propios hijos los que estaban perdidos allí abajo, en la oscuridad.

Y después, yo fui el milagro. El revuelo. La historia. La chica de la tormenta.

Lo que todos querían era la historia, y, en fin, esta era buena. Una prueba de humanidad, de esperanza y del poder del espíritu humano. Después de estar tan cerca de convertirse en una tragedia, la reacción del público rozó el éxtasis cuando, finalmente, no lo fue. Ya fuera por la alegría o por la conmoción, el resultado fue el mismo.

Fui famosa por un tiempo. El tema principal de artículos, de entrevistas, de un libro. El tema que se convirtió en una noticia retomada después de un año, después de cinco, después de diez.

Entonces supe lo que pasa cuando se entrega la propia historia a otros. Se convierte en algo distinto, tergiversado, adaptable a los límites de la página. En algo para ser consumido.

Esa chica está congelada en el tiempo, con su principio, su desarrollo y su final: la víctima, la resistencia, el triunfo.

Fue una buena historia. Un buen revuelo. Un buen final.  
Fundido a negro.

Como si, cuando las noticias diarias siguieron su curso, y se terminaron los artículos y aparecieron otros temas de conversación, todo hubiera acabado. Como si ese no hubiera sido solo el principio.

Hubo una época en la que yo supe lo que buscaban. Retrocedía a ese punto de comunión cultural cada vez que alguien decía: “La chica de la tormenta, ¿te acuerdas?”.

El torrente súbito de miedo y esperanza y alivio, todo al mismo tiempo.

Una buena sensación.

No soy esa chica desde hace mucho tiempo.

# CAPÍTULO 1

*Miércoles, 7.00 p. m.*

LA CAJA ESTABA AL PIE de los escalones del porche, en un pequeño claro de tierra donde la hierba todavía se resistía a crecer. Los lados de cartón, expuestos a los elementos; mi nombre completo, escrito con rotulador negro; el borde de mi dirección, empezando a gotear. Se ajustaba a mi cadera, como un bebé.

“Supe que ella no estaba antes de despertarme”.

La primera línea del libro de mi madre; lo mismo que, al parecer, les dijo a los policías cuando llegaron por primera vez. Una cursilería repetida en todas las entrevistas a los medios durante los meses que siguieron al accidente; sus palabras se retransmitieron en directo a millones de hogares a lo largo de todo el país.

Casi veinte años después, ese fue el estribillo que resonó en mi cabeza mientras subía la caja por los escalones del porche. La pausa repentina en la voz. La cadencia familiar.

Cerré con llave la puerta principal detrás de mí, llevé el paquete por el pasillo abovedado hasta la mesa de la cocina. El contenido se movía dentro, casi sin peso.

Hubo un estrépito cuando lo puse en la mesa, mucho

ruido y pocas nueces. Fui directamente al armario que estaba junto al fregadero, no prolongué el momento para que no cobrara más importancia.

El cúter atravesando las tres capas de cinta de embalar. Las esquinas ablandadas por la humedad todavía aferrada al suelo por la lluvia de ayer. La tapa bien encastrada en la parte de arriba. Una oscuridad helada dentro.

*“Supe que ella no estaba...”*

Sus palabras eran un cliché en el mejor de los casos, falsas en el peor; una historia concebida en retrospectiva.

Tal vez ella se la creía de verdad. Yo, muy de tanto en tanto, cuando me sentía generosa, y en ese momento, mirando el triste contenido de esa caja medio vacía, me sentí así. Justo entonces, quise creer. Creer que, en algún momento, existió un lazo entre mi alma y la suya, y que ella sintió algo en la ausencia: un cosquilleo en el cuello, su llamada en el pasillo sombrío que siempre estaba húmedo, incluso en invierno; mi nombre —“¿Arden?”—, resonando en las paredes, aunque ella supiera —*ella sabía*— que no iba a haber respuesta; la puerta principal aún entornada —el primer indicio verdadero— y la puerta mosquitera que se agitaba detrás de mi madre mientras corría, descalza, por la hierba mojada, todavía con el pantalón del pijama de franela y una camiseta gastada, descolorida, gritando mi nombre hasta que le dolió la garganta. Hasta que llegaron los vecinos. La policía. Los medios.

“Fue pura intuición”. La segunda línea de su libro. Ella sabía que yo no estaba. Por supuesto que lo sabía.

En este momento, a mí me hubiera gustado poder decir lo mismo.

En vez de la verdad: que mi madre había muerto siete meses antes de que yo lo supiera. Antes de que yo supiera que ella no había desaparecido en una borrachera, ni que le habían cortado el teléfono por falta de pago, ni que había conocido a algún tipo y que se había metido en la vida de él y había

cambiado la piel de su vida anterior, mientras yo agradecía no saber nada de ella durante todo ese tiempo.

Sin importar lo lejos que me fuera, sin importar cuántas capas pusiera entre nosotras, siempre estaba este miedo constante a que, un día, se presentara como una aparición: una mañana, yo saldría para ir al trabajo y ella estaría allí, en el porche delantero, amenazante, a pesar de su tamaño, con una sonrisa demasiado amplia y unos brazos demasiado flacos. Me rodearía el cuello con los brazos huesudos, riendo, como si yo la hubiera invocado.

En realidad, fueron necesarios siete meses para que la verdad llegara a mí, una rutina lenta de formularios, y ella que, siempre, se deslizaba hacia abajo del montón de papeles. Una sobredosis en un condado desbordado de sobredosis, en un estado perdido en el medio de la nada, enterrado bajo una epidemia creciente. Ninguna documentación en su poder, ninguna dirección. Sin identificar hasta que, de algún modo, alguien averiguó su nombre.

Tal vez alguien llegó buscándola; un hombre de rostro intercambiable con el de cualquier otro. Tal vez sus huellas digitales coincidieron en el sistema con algo nuevo. Yo no lo sabía y tampoco importaba.

De cualquier manera, finalmente dieron con su nombre: Laurel Maynor. Y entonces, esperó un poco más. Hasta que alguien volvió a mirar, investigó más a fondo. Tal vez estuvo en un hospital en algún momento durante los años anteriores; tal vez escribió mi nombre como persona de contacto.

O tal vez no hubo ninguna conexión tangible, solo una sacudida en la memoria: “¿No era la madre de esa chica? ¿La chica de la tormenta?”. Recordaron la historia, los titulares. Llegaron a mi nombre, lo rastrearon en el tiempo y la distancia por las huellas más recónditas de la documentación.

Cuando sonó el teléfono y alguien preguntó por mí con mi nombre anterior, el que no volví a usar nunca, el que no

había usado desde el bachillerato, yo todavía no había caído en la cuenta. Ni siquiera lo pude anticipar en el último momento, antes de que lo dijeran. “¿Es usted Arden Maynor, hija de Laurel Maynor?”. “Señorita Maynor, lamento decirle que tengo malas noticias”.

Incluso entonces, pensé otra cosa. Mi madre encerrada en una celda, pidiéndome que fuera a pagar la fianza. Me había estado preparando para la emoción equivocada apretando los dientes y reforzando mi convicción.

Había muerto hacía siete meses, dijeron. El condado se había hecho cargo de la logística después de todo ese tiempo sin que nadie la reclamara. Ya no iba a necesitar nada de mí. Solo quedaba el pequeño detalle de recoger sus efectos personales. Estoy segura de que para ellos fue un alivio poder tacharla de su lista cuando garabatearon mi dirección sobre lo que había quedado, lo cerraron con tres vueltas de cinta de embalar y me lo enviaron a través de medio país.

Había un sobre dentro de la caja, un inventario impersonal de su contenido: “Ropa, bolso de lona, teléfono, bisutería”. Pero la única prenda de vestir era un suéter verde, harapiento, con agujeros en los puños, y supuse que, seguramente, era el que ella llevaba puesto. No quería imaginar el mal estado en que estaría el resto de su ropa si eso era lo único que valía la pena enviar. Y además, un bolso vacío que era, más bien, una bolsa de tela con los dientes de la cremallera en su lugar, pero sin el deslizador. Alguna vez hubo palabras impresas en la parte de fuera, pero entonces solo se apreciaba una mancha azul y gris, ilegible y descolorida. Debajo, el teléfono. Le di la vuelta en mi mano; era un teléfono con tapa, viejo y rayado. Probablemente, de hacía diez años, configurado para prepago.

Y en el fondo, dentro de una bolsa de plástico, un brazalete. Lo sostuve en la palma y deslicé el dije sobre el canto de la mano para que se balanceara suspendido de la cadena, que alguna vez había sido dorada, pero que, entonces, tenía

algunos segmentos oxidados, de color negro verdoso. El dije, una pequeña zapatilla de ballet, tenía el centro del empeine salpicado de minúsculas piedrecitas brillantes.

Contuve la respiración; el dije se balanceaba como un metrónomo, manteniendo el tiempo constante mientras el mundo se detenía. Un fragmento de nuestro pasado que, de algún modo, se conservó, que ella no vendió nunca.

Hasta los muertos podían dar sorpresas.

En ese momento, mientras sostenía la delicada pulsera, sentí que algo se cerraba con fuerza dentro de mi pecho, algo que salvaba las distancias, la separación. Algo entre este mundo y el siguiente.

La pulsera se deslizó desde mi palma hasta la mesa y se enroscó como una serpiente. Volví a meter las manos en el fondo de la caja, estiré los dedos hacia los rincones en busca de algo más.

No había nada. La luz de la habitación cambió, como si se hubieran movido las cortinas. Tal vez solo eran los árboles de fuera que proyectaban su sombra. Mi propio campo visual se oscureció en un momento de mareo. Traté de centrarme agarrándome del borde de la mesa para mantener la estabilidad, pero oí un sonido turbulento, como si la habitación se estuviera vaciando a sí misma.

Y lo sentí en ese momento, tal como lo había dicho ella: un vacío, una ausencia. La oscuridad que se abría.

Todo lo que quedaba dentro de la caja era un olor, como a tierra. Imaginé rocas frías y agua estancada —cuatro paredes que se acercaban— y di, inconscientemente, un paso hacia la puerta.

Veinte años atrás, yo fui la chica que había sido arrastrada, en medio de la noche y durante una tormenta, al interior del sistema de tuberías que estaba bajo el terreno boscoso de Widow Hills. Pero había sobrevivido, contra todo pronóstico, soportando la violencia del oleaje, manteniendo la cabeza a



flote hasta que la inundación retrocedió sin piedad; hasta que, finalmente, encontré el camino hacia la luz del día y me aferré a una rejilla, donde, por fin, me encontraron. Les llevó casi tres días, pero el recuerdo de ese momento se había ido hacia mucho. Quedó perdido en la adolescencia, o en el trauma o en el instinto de supervivencia. Mi mente me protegió hasta que no pude hacer aflorar el recuerdo ni aunque hubiera querido. Lo único que quedaba era el miedo. A estar entre cuatro paredes, a la oscuridad infinita, a la no salida. Un instinto en lugar de un recuerdo.

Mi madre decía que las dos éramos sobrevivientes. Durante mucho tiempo, la creí.

Probablemente, el olor no era más que el propio cartón expuesto a la tierra húmeda y a la noche helada. El exterior de mi propio hogar llevado adentro.

Pero, por un segundo, recordé como no había recordado en aquella época ni lo había hecho desde entonces. Recordé la oscuridad y el frío y mi pequeña mano aferrada con fuerza a una rejilla de metal oxidado. Recordé mi propia respiración irregular en el silencio y algo más, a lo lejos. Un sonido, o casi. Como si pudiera oír el eco de un grito, mi nombre llevado por el viento hacia la oscuridad insondable, a través de la distancia, bajo la tierra, donde yo estaba esperando que me encontraran.

TRANSCRIPCIÓN DE UNA  
CONFERENCIA DE PRENSA  
17 DE OCTUBRE DE 2000

Solicitamos la ayuda de la ciudadanía para localizar a Arden Maynor, de seis años, que desapareció ayer entrada la noche o esta mañana temprano. Pelo castaño, ojos castaños, mide 1,10 metros y pesa 17 kilos, aproximadamente. Se la vio por última vez en su habitación de la calle Warren, en las afueras del centro de Widow Hills; llevaba un pijama azul. Se ruega a quien tenga información que se comunique con el número que figura en la pantalla.

CAPITÁN MORGAN HOWARD  
Departamento de Policía de Widow Hills